

Docencia universitaria: al rescate del valor público

Gabriela Muñoz G.

Laboratorio Clínico, Departamento de Medicina, HCUCCh.

SUMMARY Superior Education is a fundamental area in our society, very often postponed without considering enough the urgent need of changes, even though discussion is persistent about its importance as essential instrument for developing citizenship, and a fair, consistent and coherent community. In our institutional setting, being such a teacher is a far distant model. A review of what is felt lacking in our environment to get the necessary human resource to recover the plain public wealth in health education and assistance. The most significant aspects to be covered are noted as: 1) - to keep good proportion between the opportunities of practical learning and consequent teaching, and the medical service provided by activities that may accomplish both goals. 2) - giving adequate stimulus to enhanced accessing and perform as a competent health professional and to become an outstanding health graduate. 3) - privileging programs for advanced though rational knowledge, under professionals criteria, which put emphasis in problems resolution and decision making better than in contingent and concrete abilities. 4) - give due relevance to autonomic practice; development of assertive, critical and "autopoietic" aptitudes; rely on humanistic and ethic procedures. 5) - support quality and dignity of the professions in values comprise in professionalism itself, conceived regulated by a safeguard of personal responsibility and suitable accreditation.

En estos nuevos tiempos, cuando los efectos de la modernización han derivado en grandes cambios - culturales, sociales y tecnológicos - en gran parte de los ámbitos en que nos desenvolvemos a diario, se hace necesario estar atento y despiertos a aquellas áreas sensibles de nuestra sociedad que, por diversas razones, han quedado postergadas y donde no se ha considerado lo suficiente la urgencia de un cambio.

La docencia, a mi juicio, es una de ellas. Cuando en el mundo y en nuestro país se discute a diario la importancia de la educación como una herramienta

fundamental y un desafío urgente, pues de ella depende que tengamos mejores ciudadanos, mayor capital humano, una sociedad más justa y un país más cohesionado, nos encontramos que en el ámbito de nuestro quehacer universitario, ser docente está aún bastante lejos de reflejar la dimensión que abarcan estas palabras^(1,2).

Desde mi modesta posición como docente (más de 10 años en diversos cursos teóricos y prácticos del pregrado y postgrado de la carrera de Medicina), he podido apreciar cómo con frecuencia tal vez creciente muchos de los académicos de nuestro

Hospital consideran el ejercicio de la enseñanza como una sobrecarga de actividad y con un costo oportunidad negativo: esto último por el tiempo dedicado a esta labor en desmedro de otras más lucrativas, como la asistencia. Desgraciadamente, a mi juicio, los que miran la docencia bajo ese prisma están lejos de lo que se espera de un profesor universitario, quien debiera reconocer la enseñanza como parte de su profesión para poder así convertirse en un agente efectivo del proceso de aprendizaje y un modelo estimado por sus alumnos^(3,4).

La docencia debiera ser siempre una actividad intencionada, planificada y previsible, no un deber más, y menos una carga que realizamos sólo con el objeto de cumplir con los requisitos exigidos dentro de nuestra carrera académica, como ocurre hoy en muchos casos. Ese compromiso efectivo y verdadero con la academia que fuera tradicional, al parecer se ha ido diluyendo con el tiempo.

Desde nuestra posición de profesionales inmersos en un hospital universitario (organismo docente–asistencial) donde actualmente el mercado y la actual asistencia parecieran predominar por objeto del lucro, sería importante y necesario generar señales más fuertes y claras desde los niveles jerárquicos superiores que reposicionen la labor docente como el elemento central de nuestro quehacer y, consecuentemente, se valore ello en su justa medida, con estímulos que reflejen verdaderamente la voluntad de reconocer en la enseñanza un bien superior y un valor público que interesa destacar y preservar.

Por otra parte, es común observar que a la hora de convocar a los numerosos académicos de nuestro Hospital para que cumplan con su labor docente – inherente ésta a la academia universitaria – no se considera necesario requisito alguno, asumiendo *a priori* que a todo académico le interesa la docencia y, más aún, que es un profesor que posee las habilidades, la aptitud y la actitud innatas para

ello. Una vez más, lo que podemos observar en la práctica tiende a demostrar lo contrario. La falta de formación específica que parte de los docentes universitarios tienen en docencia hace que los recursos didácticos – si es que se aplican – sean construcciones personales que muchas veces limitan la capacidad de análisis, creación e innovación que cada docente pudiera aportar a partir de su propia experiencia. ¡Cuántas veces nos ha tocado encontrar a profesionales de gran prestigio en su área de trabajo que, sin embargo, no son capaces de transmitir de manera eficiente sus conocimientos! Son expertos en su tema, pero muy deficitarios en metodología docente.

Existe consenso en señalar que un buen profesor es aquel que conoce y domina el contenido de su disciplina: el que es un especialista en su área científica y profesional. Pero estas características por sí solas ya no son suficientes, puesto que los escenarios han cambiado⁽⁵⁻⁷⁾. Debemos reconocer que el docente universitario se enfrenta hoy a un entorno diferente, a estudiantes con nuevas necesidades y estilos, con una nueva postura frente al conocimiento y nuevas exigencias de la Medicina con respecto a la formación de sus futuros colegas.

El desafío que esto nos plantea es generar un nuevo tipo de docencia, más acorde a las necesidades presentes y consecutivas de los profesionales en formación y el perfil que deberán desarrollar, a su egreso de la carrera o ulterior especialización. Debemos avanzar desde una docencia basada sólo en la transmisión de conocimientos, hacia un modelo que incentive la capacidad de resolución de problemas, tanto en la docencia teórica como práctica. En estos tiempos, el conocimiento técnico está ampliamente difundido, por lo que la transmisión de éstos muchas veces es desestimada por los alumnos, reflejado ello en las inasistencias frecuentes en algunas clases. Esto ocurre especialmente cuando el docente es un mero transmisor de conocimiento y no involucra el saber disciplinar y profesional,

no ofrece al alumno distintos puntos de vista, ni promueve el pensamiento crítico basado en su experiencia.

Sólo reconociendo el cambio de escenario que se ha producido en la Educación Superior podremos apuntar al mejoramiento y progreso en la formación de pregrado. Es innegable que se ha producido un desplazamiento del rol docente en la última década y asumirlo significa comenzar a incorporar elementos del saber pedagógico en la organización de la actividad docente, tanto en aquellos que planifican como en los que enseñan⁽⁸⁻¹⁰⁾.

Pero las exigencias son aún mayores, puesto que se requiere además cambiar la posición clásica del actuar docente. Los estudiantes de hoy valoran mucho más la enseñanza cuando ésta se orienta al análisis de contenidos, al aprendizaje de procesos y a la adquisición de destrezas para el ejercicio de la profesión, lo cual bien puede ser abordado tempranamente desde los primeros años de estudio, combinando la teoría con la aplicación de ella a situaciones comunes a las que deberá hacer frente el alumno como futuro profesional. En este contexto, nuestro compromiso con la Universidad nos obliga a desarrollar las habilidades necesarias para llegar a ser un profesor competente y capaz de responder a las nuevas necesidades en la formación de nuestros educandos, complementando el conocimiento con las competencias, en el nivel técnico y metodológico para un eficiente aprendizaje^(2,9).

Promover y facilitar estos cambios es nuestro deber para con la academia. Más aún, si reconocemos el proceso de enseñanza – aprendizaje como una dinámica recíproca, debiéramos abocarnos a producir nuevas generaciones de profesores, propendiendo a la formación de aquel docente facilitador que enfatiza la importancia de la enseñanza y valora la experiencia del estudiante; que promueve una actitud activa de éste y fomenta su participación en el proceso, apreciando las realidades sociales y la diversidad y

enriqueciendo la instrucción a partir de ellas⁽⁸⁾.

No está demás reiterar, en este contexto, la importancia del actuar docente sustentado en valores éticos y sociales, lo cual otorga autoridad moral entre colegas y alumnos y ennoblece a la Institución. La práctica del diálogo y la tolerancia son también valores fundamentales en la docencia, los que no deben ser olvidados^(6-8,10).

Por otra parte, estimular el autoaprendizaje pareciera ser un área poco desarrollada, a pesar de su reconocido beneficio. Este radica principalmente en la capacidad que otorga al estudiante de aumentar su conocimiento partiendo de las destrezas que ya tiene y domina – personalizando su propio camino educativo – además de facilitar la asimilación de nuevos conocimientos y generar una mayor motivación. La tecnología permite hoy recurrir a esta modalidad de refuerzos en forma rápida y eficiente.

Afortunadamente hoy existe una creciente proliferación de iniciativas orientadas a la profesionalización de la docencia, como es la creación de sociedades de Educación Superior - y concretamente en Salud, conformadas por académicos dedicados a ese nivel de formación -, los programas de Diploma y Especialización en Docencia, los que conducen a postgrados en tanto Magísteres e incluso Doctorados en Educación y menciones, así como también Centros de Apoyo a la Docencia y unidades abocadas al desarrollo y perfeccionamiento docente. Lo esperable es que todas ellas se transformen en motores efectivos para generar significativos cambios en el sistema educativo.

Por último, sería importante asegurar la calidad de los procesos de formación a través de la intervención sobre las prácticas de la enseñanza, apoyando y orientando de esta forma el necesario cambio y dando origen a la habilitación y consecutiva acreditación del profesor universitario. Un profesor

habilitado sería, entonces, aquel académico que habiendo incorporado en su quehacer la formación docente, es reconocido por la Institución, sus pares y alumnos como un maestro en su disciplina y

ha sido elegido por sus méritos para configurar el equipo docente de una determinada escuela universitaria. El ser docente debiera así ser un privilegio de pocos y la aspiración de muchos.

REFERENCIAS

1. Brunner JJ y Peña C. Reforma de la Educación Superior. Aportes para el Debate. Santiago: Editorial Universidad Diego Portales, 2008.
2. Oriol Bosch A, Pardell Alenta H, editores. La profesión médica: los retos del milenio. Monografías Humanitas. Barcelona: Fundación Medicina y Humanidades Médicas, 2004.
3. Rosselot JE. Calidad y profesionalismo en la docencia en Ciencias de la Salud. Rev Educ Cienc Salud 2005;2:91-2.
4. Triviño X, Sirham M, Philippa M y Reyes C. Formación en educación de los docentes clínicos de Medicina. Rev Méd Chile 2009;137:1516-22.
5. Enríquez O. Calidad y pertinencia de la formación médica. Cuad Méd Soc 2009;49:235-7.
6. Montero J, Rojas P, Castell J, Muñoz M, Brunner A, Saez Y *et al.* Competencias médicas requeridas para el buen desempeño en centros de salud familiares en Chile. Rev Méd Chile 2009;137:1561-8.
7. Schonhaut BL. Educación multiprofesional como estrategia para la atención primaria de salud, aprendiendo juntos para trabajar en equipo. Rev Educ Cienc Salud 2007;4:29-31.
8. Sánchez DI. La carrera académica del profesor clínico de medicina. Rev Méd Chile 2009;137:113-6.
9. Román O. La profesión médica. Su evolución y cambio en el nuevo milenio. Santiago, 2007.
10. Rosselot JE. Realidad y proyecciones de la educación en ciencias de la salud en Chile. Anales de la Universidad de Chile 2004;16:71-96.

CORRESPONDENCIA

Dra. Gabriela Muñoz Gómez
Laboratorio Clínico, Departamento de Medicina
Hospital Clínico Universidad de Chile.
Santos Dumont 999, Independencia, Santiago
Fono: 978 8070
E-mail: gmunoz@redclinicauchile.cl

